VI

Manos y maneras

Flamenco

El tocaor resguarda con su mirada
a la bailaora…
nos dice este recinto es nuestro,
por nada del mundo entrarás.
Cada taconeo brilla sobre la punta
de una estrella que ella ve en el suelo.
Se sube el vestido
y entre volantes de nubes
desnuda la luna de sus piernas.

Las minas, el mar, los toros,
la geografía completa
metida en la caja de una guitarra
y luego liberada en la garganta del cantaor.

Por la sonrisa lasciva y sobradora
de esa mujer
perderías la cabeza,
harías el viaje
sin billete de vuelta.

El bailaor chisporrotea ritmos,
discute con su sombra.
Detrás le cantan ¡ole! ¡ole! ¡ole!
que llegan como amenazas de muerte.
Y él responde taconeando
una rotunda
ocupación del territorio.

Perplejidades

Qué significamos no lo sé,
al pie de la marea de la vida
en mi alta noche y tu alborada
contra prejuicios insomnes que no aceptan
mis años vividos, ni tu porvenir.

Soy el que besa las sábanas
donde se revolcó tu cuerpo.
Desando cada fragmento recuperado
de instantes cuando reías
mientras los duendes saltaban y la vajilla
repicaba tu desorden
perseguida por el valor de ideas adelantadas.

¿Qué mezcla? ¿Cuál turbión de antepasados
nos trajo a esta noche
y en la punta de los dedos el fuego?
¿Cuál noche de África y Mesopotamia,
qué encrucijada de España
nos eleva al sueño de la pirámide
para mirar el cielo y emborracharnos?
Es la misma antigua cruz
donde se clava la esperanza.
Avanzo a tientas y caigo en tus brazos,
me levanto y caigo otra vez.
No te perderás en el laberinto de la ciudad.
Vas contigo siempre.Y conmigo,
una yerba alucinógena en tu bolso.

Poética

Los pocos árboles que lograron vivir encaramándose en la árida montaña, sacudidos por un viento interior, se inclinan en dirección contraria de donde viene la luz. Se doblan hacia el sol que los atraviesa a flechazos.

Nunca vimos espejo humano más grande que el visto hoy en el lago... Ni en las torres acristaladas de Nueva York.

Va tan lento el tiempo que parece fluir hacia atrás.

Libélulas en suspensión sobre el espejo del agua, golondrinas como saetas curvilíneas, ejércitos de hormigas-soldado escalando una roca del tamaño de un castillo. Pero no decir que las libélulas parecen helicópteros, ni el espejo de agua una pantalla. Nunca esa perversión en las palabras. Tampoco que las cúpulas moscovitas son cebollas o que el avión es un ave volando; en todo caso, un lápiz en la inmensidad del cielo.

Que la naturaleza siga estando primera, que la teoría de la evolución tenga algún sentido, que el universo haya empezado antes que nosotros.

Tarde feliz donde uno recuerda a la Giganta de Baudelaire y quiere dormir bajo su seno, como la aldea apacible al pie de una montaña.

Distancias de cielo y ceniza

Lecciones pompeyanas

Calles hechas de terca piedra
sostuvieron en Pompeya
el paso de su gente con avíos
carros, animales domésticos o salvajes,
y la furia del Vesubio.

Calles que entran en la ciudad
se expanden en dirección
a una vida rica y policromada.

Calles donde sentimos
que los otros acaban de marcharse,
o lo hicieron el siglo de víspera.
Las alimañas se habrán comido
el pan que cocían en los hornos
obreros petrificados
entre la prisa y el olvido.

Detrás de las quemadas murallas
oímos cantar un gallo:
de nuevo su canto en el aire de Pompeya.
Un gallo, sobreviviente más exacto
que nosotros.

Juegos

Como los personajes
de un cuento erótico
que aún no se escribió
así la mujer, esta mujer
desnuda, sobria
como si ya hubiera
estado antes...
trasmutada en la de ahora.

Oímos en el jazz
canciones de gente cuyo corazón
dejó de latir hace muchos años.
Una negra de entonces
canta en la big-band
y nos invita a la fiesta.
Sé que ella se ha ido
pero ahora,
"en las profundas cavernas del sentido"
éste es su mensaje.

En la luna del espejo
las hojas y sus sombras
son lo mismo.
He jugado varias partidas
a la locura y a la muerte,
irresponsable, total, a pérdida.
¿Qué testimonio vine a dar?
¿Un sueño azul en la boca de la fiera?

Estancias

Los sillones sonríen
un tiempo que pasa leve,
apenas perceptible.
Es un tropel de sombras
que quizás encubren
oscuras o escondidas
anunciaciones.

Ella dice que vino
para retomar el recuerdo.
¿Quizá lo que fuimos?
¿O aquello que íbamos a ser?
Que alguien lo diga.

Estoy callado para oírlo.

No volveré a poner
mis hombros a la duda.
Entre sombras y promesas
me hallo solo.

Así me iré a la hora de morir.
Ya se verá cómo
este cuerpo cede su sitio
cuando le quede grande.

El viaje

Entré en su cuerpo hace años,
en sus cavidades abiertas y secretas.
Ella fue el primer amor,
también el último
cuando la memoria
me devuelve a sus abrazos
de niebla, a sus ojos verdes
como esta primavera de agua.
Ella ahora piensa en la alta noche,
me ve entre sombras
y metida en el vértigo que nos sucedió
no consigue reconocerme.
¿A qué agitar la memoria?

Volveré a ser muchos hombres
aunque ella no vuelva:
aquí hay una gracia nueva
que la evoca... y continúa el viaje.

Qué hacer

No leer. De momento. La palabra está dentro. Cada contorno es hermoso. La vida sin más. ¿Hubiera querido otro destino? Tal vez, tal vez no. Es difícil saberlo. Peor decidir. Éste soy. Esto. Un excéntrico dibujo de palabras. No silencio ni valium ahora. Ríes. De nada. ¿Voy a enterarme cómo trabajaron sus enigmas aquel hombre, aquella mujer? ¡A la obra! Vasos comunicados. Estrellas cambiantes. Perplejidades. Leer a los amigos que escribieron colándose por las rejas del tiempo. Hoy juntos. Da igual. La música. El color. Los perfumes calificados y los ahora constituidos. Ideas. Imágenes de cámara fotográfica al fin. Todo el almacén para construir un paraíso. Y la mano con su pulgar, aprendiendo. Todavía aprendiz. Y siempre. ¿Paraíso? ¿Infierno? Laberinto, donde perderse para un día no salir nunca.

Ocasiones

Animal

Un caballo blanco he visto
un camello de largo pelo afgano
con el aire de un perro
y el tamaño fino y superior
al elefante.
Se encabritaba
sin parar aquel caracoleo
de furor contenido...
(yo, con un poncho y látigo
le mantenía a raya).
Desperté y supe
que lo había dejado en el sueño
en un mundo de niebla suave.
¿Qué será del animal hermoso?
¿Quién cuidará de su furor
si no vuelvo a la noche?
Sé que a esta hora anda
con aire errante, perdido
y que su nombre es el mío.

La risa

Reírse a toda hora de la vida. Sonrisa en el deseo urgente, sarcasmo ante las amenazas. No hacer otra cosa. Conseguir la risa para la risa.

Saltar, retorcerse, estirarse, correr, ponerse entero en fiesta. Reírse desde dentro, con todas las heridas y cicatrices. Caminar por los cementerios burlando nuestra aspiración a la inmortalidad, defenestrar empresas de caridad con risas inacabables, atravesar comparsas de carnaval en el espectáculo de todos los días.

Reírse vivo, saltarín, inquieto, vibrante... a la hora de recordar pesadillas. Risas tras el orgasmo, risas en los encuentros y en las despedidas.

Enfermar de risa para pasar la enfermedad riéndose... con los humores reunidos, hasta que les toque dispersarse.

Reírse de todo en palabras con culo de mal asiento, pegajosas y escurridizas palabras que ríen.

Vaticinios

Canción

Mujer, vida mía,
gotea sordo desaliento
el tiempo.
Destila su desgana
la nada.

Pujamos a favor
de vientos, mareas.
La vida sentida
en los huesos, las heridas
y en los miedos.

Mujer, vida mía,
va la barca
y descarga su larga
parva de comienzos.

A cuento, un pensamiento
que no calla, enciende
la duda sañuda
de ser y no ser.

Para qué, si tiene que haber
un sentido. Sí, mujer
vayámonos
a rodar tierra.

La danza y la fiesta
despiertan
los dioses de la vida…
No hay, ni hace falta
otra extensión:
es ésta, mujer,

la tierra oval
que con nosotros viaja.
¿Acaso, en tus mil años
no lo sentías así?

Confidencia

Por los canales semicirculares del aire
viajan el zureo de las palomas,
los cri-cri-cri de los grillos,
el viento, la lluvia,
noticias, sensaciones del corazón.

Después, olores de lluvia
tacto de la oscuridad y de la luz,
el suelo bajo mis pies...
Allá lejos, el pobre imbécil
que se considera salvado
porque en un moderno coche
desplaza desafiante
esa mísera brizna de espacio.
He comprendido
–temía no lograrlo nunca–
la otra cara del trato experimental,
prometeico, con las cosas.
Que nada, ya que nada es nadie,
nos quite lo sagrado.

Noche

En la caverna familiar de la noche cruzan sonidos de una linde a otra, corrimientos, voces. La oscuridad deseada nos cobija con su sábana, la adoramos, no queremos ser abandonados hasta muy tarde, cuando haya pasado la madrugada con su herrería de coches y taconeos sordos, sus sirenas y despertadores. Que la noche amorosa llegue lejos, con nuestros sueños y silencios. Batallaremos al otro lado de la veladura del cuerpo, en un mundo de humos palpables y ágiles. Allí no se escapan los gestos insinuados en juegos de pasamanería: conocemos cuándo la mujer nos acepta o rehúsa, cuándo el enemigo se dispone a eliminarnos, cómo hay que agradecer un favor inolvidable.

Nuestras torpezas huyen tras un conjuro trazado por las delicadas manos de la noche. Podemos celebrar encuentros no conseguidos o negados por la distancia, por el tiempo, por nuestra indolencia. Ellos y ellas, los que vienen con la noche, suelen sernos afables, cáusticos, irónicos, festivos. A veces nos piden el cariño que no supimos dar. ¿Lo conseguiremos?

Bajo la bóveda blanda alumbran las estrellas cuando falta luz. Cada sonido puede ser un instrumento fantástico, engarza melodías desconocidas. Si fuese necesario, usamos trajes imprevistos que lucen muy bien. Aunque vamos sin vestirnos, muy sueltos en la cómoda desnudez de la noche.

Doble cuerpo

Estoy de tangos

La conciencia resplandece
entre el andar de una nube
y las vueltas de una milonga
que suena allá abajo, en el bar.
Imagino espectrales parejas
danzando en una noche sin fin.
Oh, mujer, la boca roja
que preparaste para la fiesta
me enciende el miedo
de haber crecido demasiado a solas.
En la tarde expectante
una nube se revuelve contra otra,
la empuja y confunde su color.
Desde el bar suben voces.
Es un tango lo que ahora suena.
Bajaré a llamarte por teléfono.
Quizás hacia la noche,
en una mancha musical
logremos renacer.

Presencias

Desperté en un abrazo contigo
que el sueño guardó para sí.
Estancias sentimentales tras
la lluvia que trasparenta tu cuerpo.
La alta ciudad con su farsa
y sus aullidos aún perezosos
jadea lejos de nuestra casa
con ordenador y discos de pasta y
lluvia que se acuesta buscando el amor.
Tus años verdes la ciudad esquiva
con la curiosidad profesional
de camarera de un bar,
a las tres de la mañana.

Mestizaje

Por ahora,
sólo hay discursos,
consignas de los gobiernos
nacidas muertas
para crear
un abrazo nuevo.

También,
rabias hechas música
anhelos y frustraciones
convertidos en una sal
que quiere renacer
en sabores distintos
a la típica estampa
de la cocina étnica.

Apariencias

Una cara que cruzó el parque
en otro tiempo,
una voz quizá, que vibró en el aire
veinte años atrás, ha vuelto hoy
y sugiere un mundo circular...
para tenerlo en cuenta
al menos, una vez al día.

Nadaban los patos,
el jardín estaba en flor,
los guardias en sus uniformes.
Quizá las estatuas, árboles y senderos,
piedras por las que corre
el río que somos.

A veces resplandece
una presencia amiga que juega a los laberintos,
atravesando la corriente.
La he viso pasar,
sonreía distraída, la mitad del cuerpo
fuera.

Estiré la mano para atraerla,
hacia la dudosa realidad.
Volvió a sonreír, entre pausas.
Quedé con la mano en el aire.

De ser todo más cierto
hubiera buscado cómplices.

Volví a llamarla
en otros días de la ciudad.
El parque estaba, la gente y yo.
...Nadie más vino.
Aquí estaré toda la tarde
con ojos y oídos alertas.

Prosas populares

Retorno al pueblo

En el rumor del aire, en los olores a leña y a humedad guardada, en los ruidos de las pisadas sobre calles con ripio... el suave lujo de una infancia recuperada. Vine a encontrarme con los ecos evanescentes, y también en una vuelta del paseo con nombres, fotografías y fechas de mucha gente que trajinó este pueblo y ahora está instalada para siempre en el cementerio.

Aquí los primeros olores de la vida, la bulla de las fiestas, el ámbito de la iglesia, el garabato de los árboles en el cielo, las nubes que pasan como pasa la vida.

Aquí la mirada con amor, el miedo de una masculinidad incipiente, el respetable enigma de cuchillos, pistolas y fusiles, la conversación con los caballos, con los perros, la escapada de la siesta, la soledad ante cosas absolutas, los primeros partidos de fútbol, el destino sexuado hasta el delirio y siempre la tentación de llegar allí.

Aquí el tambor de la sangre en los oídos, las guitarras y un bandoneón pequeñito, las ganas de no ser nadie y marcharme lejos, las fábulas de un animal indescriptible que desde un pozo llamaba a la gente y atraía peligrosamente con su respiración, los primeros abusos espirituales y la oración al numen de los árboles.

Aquí el cielo, las piedras y el dios desconocido, el sentimiento de que no demasiado lejos había ciudades populosas que podían multiplicar decenas de veces el pueblo, la poesía

de Lugones, la miel, el folklore. Los miedos provincianos que agregaban al de la muerte, otros miedos como al ridículo, a la soledad extrema, al embaucador de almas, a la muchedumbre hostil.

Aquí todo, en este pueblo tras los setecientos velos de la infancia.

Enero de 2005

Un aire suave venido de la sierra y el sol espléndido lavan las múltiples superficies de Madrid. La luz nos convence de que debemos salir de casa y en la calle pasar de un haz de sombras a otro, como pasamos de unas palabras a otras a través de la risa. La luz riente que fluye despacio, que casi detiene el tiempo, descubre arrugas insospechadas en nuestra piel, y ácaros ocultos en las palomas. La luz madrileña por la que saludamos a los herméticos sabios que aconsejaron la prosperidad de la villa, así como a los íberos iniciales que pusieron la primera piedra sin soñar tanto futuro.

Nuestros pulmones se ensanchan de aire limpio, mastican y degustan esta pureza. ¿Por qué no habrá de ser así todo el año? Siglos y siglos –desde Anaximandro– meditando sobre tierra, aire, agua y fuego. Para nada.

José Miguel

Pasarán once mil años antes de que esta Atlántida se sumerja y ascienda otra. En el Timeo, nos ha previsto Platón, o los sacerdotes egipcios que después de contar la historia universal agregaron: vosotros los griegos sois como los niños.

Sí, niños asombrados con la cifra de los once mil años que pasaron desde el hundimiento de la Atlántida, niños contemporáneos para estudiar los pasos de una hormiga, el vuelo de un ave, la línea que va del pez al pájaro, a los mamíferos y a la humanidad. Niños ante la armonía tras el caos, ante los astros silenciosos, asombrados por la razonante, pertinaz razón que constituye el hueco de nuestro silencio.

También niños, a dos mil quinientos años de aquellos griegos filósofos. José Miguel, once años exactos de no vernos se vuelven once mil, suben y bajan las Atlántidas, te conviertes en doctor etnotecnográfico, padre de dos hijos, buceador de la selva guatemalteca, amigo que permaneces. Yo te observo y dejo en tu sendero algunas piedras de colores que suponen la existencia de un orden secreto, apenas sospechado.

Virginia Luque

Se sacudió la indiferencia de un público incrédulo y burlón, como si se quitara barro de las manos. Con la sonrisa grande de sus dientes de una blanca porcelana, nos metió en el juego. Olé, Virginia, tan pura como la luz nueva de un numen recién salido de los labios del mundo.

Después acaparó el silencio hasta arrebatarnos, lo llevó a punto de que pudiera estallar en su contra. Giró sobre sí misma, como si se calzara un guante ganó aplausos orillando temas con voz de trueno.

Olé a este regalo de la vida que me hizo pensar en los pensamientos de Manzi y Discépolo. ¿Qué sentirían ellos hoy, observando a la mujer que les robó el fuego?

La Recoleta

Rodeado de altas torres, como cajas de zapatos, permanece el emblemático cementerio. Escapa al cerco de la ciudad hacia el río por un parque homónimo, y endulza su huída en las esquinas romas de la iglesia colonial.

Miramos el recinto donde predominan las cúpulas y agujas inspiradas en el gótico, callejas angostas, y varios ángeles que buscan el cielo.

En vida hicieron levantar sus mausoleos, o con dinero en heredad después de muertos. Sus piernas enfriadas, rectamente puestas, se consumen hacia la eternidad. Han querido estar aquí, quedarse a oír todavía los pájaros que saludan albas primaverales... Ay, y los sonidos que el progreso imparable atropella contra los muros. ¿Habrán querido saber acaso hoy, por resonancia, el pulso de la existencia?

Bello, casi humilde en su nobleza, el cementerio se recorta entre vociferaciones de máquinas y edificios donde sí vive la gente... Apretémonos, mujer, seamos una sola carne antes que nos separen.

Y los pobres muertitos (padres de la patria agropecuaria, militar, liberal y financiera) ¿a quién le importa que estén allí? ¡Ninguna flor, aunque sí una mínima mancha de árboles entre piedras oxidadas!

Encuentros en Galicia

Subíamos las calles de piedra entre casas de piedra. Algún árbol raquítico rompía en el gris, pero el verdor azulado de las colinas fundido con el mar enriquecía de color el horizonte. En un momento preguntamos algo y enseguida la amistad casual nos reunió hacia la noche, al sabor de una queimada. Un pescador gallego y su mujer brasileña, negra rotunda con un niño también negro nos convocaron. No era hijo del pescador pero éste sí era su padre que se hacía a la mar y volvía a las semanas o a los meses. Ahora los tres estaban allí, alegrando la noche con una mujer española y su novio sudamericano.

Triscaban nuestros dientes el asado criollo y después la queimada que subía al paladar y al oxígeno del aire. Historias que contarnos en la alta noche, una antigua capilla, hórreos y cruceiros. Fotos, promesas de otros encuentros, las direcciones en papel blando. Queda de aquello la piedra gris, el pueblo persistente, la ría... y un horizonte cambiante de edificios y barcos. Sus caras las transformó o deshizo el tiempo, mis recuerdos vuelan, siento paz al tener una memoria dulce que rescata y reflexiona.

¿Por qué los barcos parten hacia el olvido y el amor? Sólo retengo el nombre de aquella mujer española, sólo el suyo... y he perdido los del pescador, la brasileña y el niño.

Rumores de indios

Probablemente ningún pueblo pueda ausentarse de su historia. O al menos es como me gusta pensar (¡vaya a saber sin son así las cosas!). Todavía faltan reflexiones sobre la "epopeya" de las tropas civilizadas a la occidental contra los indígenas de la Patagonia, la Pampa y el Noreste argentinos. (¡Tal vez el mismo espíritu conquistador tuvo después una prolongación deformada y grotesca en la Guerra del Paraguay!).

Según se ve, fue la tesis del exterminio sin rendir cuentas a nadie. Acababan con ese "otro" que –desde siempre– ocupaba una buena porción del feracísimo y virginal territorio que luego integró el mapa de la argentinidad en las escuelas nacionales.

Anular al "extraño a todo modo de ser civilizado". ¿Derechos Humanos? ¡Si los indios no eran personas! Llegaron a darle al matarife una legua de tierra cuadrada por oreja de indio muerto que trajera. Hechos que no sólo explican la capacidad para el humor negro, sino el verdadero rostro de la llamada... conquista del desierto.

Repechaba una loma mi hermano, con sus seis años tras los míos que eran siete, y me decía: "¡déjame caminar adelante que tengo miedo a los indios que puedan venir persiguiéndonos!". En el estrecho sendero de las serranías cantaba el viento, silbaban los pájaros y alguna serpiente... los perros husmeaban aquí y allá buscando el rastro de un animal me-

nor o de una osamenta. Ningún peligro real había, ni el acaso de una hipotética fiera.

Mi hermano y yo temíamos a los indios que aún andaban por el relato de nuestros abuelos un siglo después del exterminio. Los ponía en marcha la tradición oral, obra de vencedores con fragmentos de los vencidos incrustados "subrepticiamente". Allí andaban episodios que hoy ya dejaron de contarse. ¿De dónde venían sus rumores insidiosos entonces? No faltaba quien conociera un secreto de pinturas rupestres, de hoyos en la roca, o cuevas que habían servido a los indios de las tolderías. En el declinar de la tarde, soñando despierto he sentido un rumor de gente que se marchaba en retirada. Gente con color firme en la piel, semidesnuda, de diferentes edades; incluso niños, que siempre los hay. Huían con pobres enseres domésticos, arcos, cañas encastadas de flechas, algunas lanas de color. Hablando una lengua que nunca entendería, se iban monte adentro hacia las cañadas profundas, entre las rocas que desde el aire vigilaban, sin atreverse a bajar, las aves de rapiña.

Fue una ráfaga su presencia, después cimbrón de los murciélagos en el aire, la luna de siempre y las rocas mudas acariciadas por sombras en progresión. Azorados, sin contarle a nadie estos presentimientos, con mi hermano buscábamos el amparo del corro de adultos, la conversación con ellos, o sus ruidos domésticos, como ahora busco la compañía de las palabras para no estar solo cuando aquella mole de imágenes se me viene encima. Es mucho peor si no puedo ordenarla en páginas.

Oh, allí están los ambiguos rumores de los indios, y la estatura de nuestros tíos bien plantados en la vida, capaces de vencer sobre aquellos miedos que a nosotros, los niños, nos cercaban peligrosamente.

¿Dónde fueron a dar? ¿Qué se hicieron? No, no tengo tan clara, como se la tenía en tiempos de Jorge Manrique, la separación de los mundos de la vida y de la muerte. Tampoco estoy convencido de que se hayan ido al otro lado sus almas, fenecidas sus acciones en la despreciable nada. Por algún sitio, en los sueños, silenciosos pasadizos conducen a espacios conjeturales donde un rumor es aquel rumor, la figura y los ruidos de nuestros tíos los mismos aunque sus evoluciones no den iguales resultados, siquiera en la memoria. Todo vuelve a oírse. En el declinar de la tarde los colores se adensan y transforman. Hasta las mismas sombras crecen, los rostros de los que huían son más nítidos y angulosos. Ahora vienen, no traen daño en su apariencia insidiosa, vienen juntos, atropellándose. Pasan por mi vida y el tropel me avisa que sus tiempos, no pasaron del todo. Andan a la espera de no sé cuáles palabras que no llegan.

¿Y si después de un vastísimo esfuerzo de la memoria ellos volvieron a instalarse en estas tierras? ¿Qué color, cuáles voces, qué ideas, cuál rencor, qué deseos y desazones traerían? ¿Cuáles máscaras para similares rostros? ¡A ver, oráculo! La certidumbre de sus presencias se puebla y eso es muy visible. Sub-

terráneos todavía, secretos y espectrales avanzan. Una vez descubiertos su signo será aumentar. Y morir. Desde el otro extremo de la memoria también renacen cazadores. Vuelven con el mismo rostro-blanco. El rito se cumple. De nuevo han caído, bajo las balas o en otras trampas. Les obligaban a cavar sus propias fosas cuando no fueron entregados al consuelo de los peces y la sal de los mares.

Oí esta vez: –¿Estás ahí hermano? ¿Me oyes?– No podía contestar con palabras, sólo dar golpes en las paredes o en el suelo para avisar de mi vida y buscar otros signos de conversación entre las sombras de aquella cárcel.